

LAS PIEDRAS ME HAN DICHO

El sacerdote rebelde, Félicité de Lamennais
Théophile BRIANT¹



¿Hay que tener una viva imaginación o una particular sensibilidad para sentir en ciertos lugares históricos, ese shock que, bruscamente, invierte el orden del tiempo, mientras que hilos sutiles unen al visitante con seres desvanecidos que los atormentan?

Hay moradas que guardan, en los límites del mundo sensible e inmaterial, los rastros melancólicos de sueños desplomados. En La Chesnaie nos admiramos y sentimos pena evocando la sombra de un hombre que fue visiblemente marcado por un signo de genio y de desgracia.

Este hermoso lugar, tan querido al corazón de Lamennais, ha sufrido necesariamente, las modificaciones del tiempo, pero tan fuerte y tan fogosa fue el alma de quien lo habitó, que ese fuego jamás puede ser apagado. Tratemos, como el zahorí de captar las ondas que ha dejado el gran solitario.

No fue allí que nació. Félicité Robert de la Mennais vio la luz en Saint-Malo, trece años después que Chateaubriand,² en el barrio donde los ricos armadores habían hecho construir en el siglo XVIII, esas bellas mansiones, que no han podido escapar, todas, -¡desgraciadamente!- a las recientes destrucciones. En la calle San Vicente, una armoniosa mansión, hoy desaparecida, presentaba un patio con arcadas, ventanas con arcos de medio punto, una escalera monumental. Era la propiedad de Pedro Robert quien, ennoblecido por Luis XVI, había recientemente agregado a su apellido el nombre de 'La Mennais' (designación de una de sus tierras). Es en este lugar que su esposa, hija del senescal de Saint-Malo, Lorin de La Brousse, trajo con dificultad al mundo, el 19 de junio de 1782, a un niño enfermizo, llegado antes de término y en lamentable estado, -con un tórax un poco hundido- tanto que su debilidad hubiera podido – como más tarde pasó con el joven Hugo- abrirle al mismo tiempo su tumba o su cuna.

Primer signo de predestinación desde su entrada a este mundo. El "pobre Féli" iba a guardar siempre una apariencia débil, un cuerpo y miembros de niño. Sólo la cabeza, en desproporción, indicaba la fuerza del hombre y el pensamiento.

Maurice de Guérin³ los describirá en el salón de La Chesnaie: *"En un rincón no se veía más que una cabeza, el resto estaba absorbido por el sofá... los ojos brillaban como brasas y pivotaban sin cesar"*.

Conocemos ese rostro atormentado; una ancha frente, ojos (¿negros, verdes o gris acero?) profundamente hundidos, que cambiaban de color según los sentimientos que los animaban, una nariz ganchuda, una boca con labios finos sobre un mentón ligeramente prominente. Unos decían que era muy feo; otros, que lo conocían mejor, lo estimaban bello, con la belleza de los apasionados, porque de ese cuerpo menudo se desprendía a veces la áspera grandeza de los profetas y de los videntes.

¹ Teófilo Briant fue un poeta francés, nacido en 1891. Pasó su niñez en Bretaña, para luego trasladarse a París, donde abrió una galería de arte. En 1934 dejó todo y se instaló en la 'torre del viento', un antiguo molino de Paramé, San Maló. Se le llama el poeta del mar.

² Francisco René, vizconde de Chateaubriand nació en San Maló en 1768. Político y escritor francés, fue un precursor del romanticismo. Sus obras más importantes: *El genio del cristianismo*, *Memorias de ultratumba*.

³ Discípulo de Féli.

Es fácil comprender que fue dotado genéticamente de una viva y sin duda anormal sensibilidad. Los seres así marcados son más aptos para el sufrimiento que para la felicidad; siempre vibrante cuando su corazón está ardiente y su espíritu elevado, son apasionados más que fríos críticos, hombres de un solo impulso que, dolorosamente, se vienen abajo cuando su generosidad no encuentra más que incomprensión y vulgaridad... despellejados vivos, poetas siempre sangrantes que gritan y blasfeman por no haber llegado al zenit. La naturaleza y el temperamento de Lamennais explican en gran parte la curva de su vida.

De niño, amó profundamente a Saint-Malo, Tanto que muchos años más tarde, protestaba contra la construcción de un dique en el puerto: *“Me parece que me arruinan mi viejo Saint-Malo... Ya no es aquél de mi infancia... la vida de mi juventud de entonces cuando, pusiese donde pusiese la vista, el horizonte era tan puro y tan hermoso”*.

Pero era sobre todo a la casa de campo, la casa de vacaciones a la que le había entregado su corazón.

Le debe mucho a La Chesnaie. Su infancia fue difícil. No tenía más que cinco años cuando perdió a su madre; y su padre, acaparado por los negocios, no le aseguró una educación permanente. Sus preceptores fueron de dudosa calidad. Él no los escuchaba y se instruyó por su cuenta, ya que no se le ve frecuentar escuela alguna. ¡Pero estaba La Chesnaie y su biblioteca!

Sobre la ruta que va de Dinan a Combourg, más allá del bosque, sobre el costado de éste, se puede ver todavía las ruinas del castillo de Coëtquen; una larga avenida lleva a una bella mansión rústica, poco elevada, en el fondo de un parque. Dejemos a Maurice de Guérin describirla, Tal como era en aquel entonces: *“La Chesnaie es una especie de oasis en medio de las estepas de la Bretaña. Delante del castillo se extiende un amplio jardín cortado por una terraza con tilos, con una pequeña capilla en el fondo... a oriente y a algunos pasos de la casa duerme un pequeño estanque entre dos bosques poblados de pájaros en el verano, y luego, a derecha e izquierda, por todos lados, árboles, árboles, por todos lados árboles...”*

Desde sus jóvenes años, gustó Féli del encanto un poco melancólico de esta plácida morada. Apreciaba la vida libre que se le dejaba llevar, ya que era un niño muy inquieto, un poco inestable, con momentos de felicidad seguidas de crisis de tristeza.

Adoraba la natación y podemos imaginarlo dando brazadas en la playa de Saint-Malo, mejor que en el pequeño lago de La Chesnaie. Le gustaba también manejar las armas, y como todo en él era contraste, se divertía igualmente haciendo bordados.

El placer del estudio se le va a revelar un poco por azar. Después de una punición, penetró por primera vez a la biblioteca, que iba a transformarse para él en la fuente de todo conocimiento. Rica biblioteca donde su tío paterno Denys Robert (des Saudrais) había reunido numerosas obras de historiadores y filósofos. Este hombre cultivado, muy marcado por el espíritu del siglo XVIII, debió ejercer una influencia profunda sobre su joven sobrino, quien, por él, conoció a Montaigne y Pascal, tan bien como a Montesquieu y el agradable Fontenelle. Con la avidez de los adolescentes se nutrió sin ningún método de todos los autores que se le ofrecían. ¿Es cierto, como se ha dicho, que descifró solo a Horacio y a Tácito? ¿Aprendió el griego sin ayuda y sin lágrimas?

Leía a Malebranche, Espinoza, Baile, Voltaire y Condillac; se apasionaba por Rousseau. Este cúmulo de conocimientos lo enriquecía, es verdad, pero la ausencia de método y de disciplina, - excelente sin duda para desarrollar el genio personal-, no podía suscitar en él el verdadero espíritu crítico.

Paralelamente, su alma bretona y religiosa sentía la necesidad de la elevación; había en él una piedad natural y viva, parece que, sin práctica, ya que el culto estaba suspendido y las iglesias cerradas. Esto puede explicar, por otro lado, que, por escrúpulo, no se haya sentido lo suficientemente preparado y haya esperado a la edad de 22 años para acercarse a la Comunión, cuando ya las iglesias habían sido solemnemente abiertas dos años antes.

En él pasaban las corrientes contrarias de su época: tendencia mística de su raza y tradición monárquica, y, al mismo tiempo, aspiración de tiempos nuevos. El inmenso entusiasmo que animó la Revolución en sus comienzos, pasó por su alma generosa traduciéndose en proyectos audaces.

Pero, al salir de la infancia, fue necesario dejar la Chesnaie. Su padre quería iniciarlo en los negocios. Fracaso total. Pero algo tenía que hacer, sin embargo: el joven acepta una cátedra de matemáticas en el colegio de Saint-Malo. Pedro Robert de La Mennais muere poco después. No duda un instante: Féli abandona su enseñanza y corre hacia La Chesnaie, donde encuentra a su hermano mayor, el padre Juan, quien más tarde se iba a convertir en vicario general de Saint-Brieuc e iba a fundar la congregación de los Hermanos de Ploërmel.

Bajo las sombras amadas, ambos sueñan y oran. Es para Féli un período de gran fervor, donde recibe la influencia de este hermano mayor, acción moderadora y equilibrante, pero contraria evidentemente a algunas de sus tendencias profundas.



Fueron días de tranquila felicidad. Sobre la terraza, dos jóvenes meditaban. A menudo uno de ellos caminaba, con el aire distraído, yendo y viniendo sin parar. Si se lo observaba bien se podía vislumbrar cierta impaciencia. ¿Por qué tortura sus uñas con su navaja? Féli de Lamennais trabaja nerviosamente las bellas frases que escribirá sólo cuando sean perfectas; las esculpe, pule las ideas y las vuelve a pulir sin cesar. Al fin, seguro de su

frase, entra en el salón oficina de la planta baja, se sienta en la mesa de trabajo y llena con su fina escritura, rápidamente, sin una tachadura, ese papel de pequeño formato que ha elegido. ¿Qué escribe en ese momento? Traduce una obra de pura mística: *La Guía espiritual* del benedictino Luis de Blois, escrita en el siglo VI, cuyo texto en latín los hermanos han descubierto sin duda en la preciosa biblioteca de su tío.

No hay que pensar sin embargo que estas piadosas ocupaciones aíslan totalmente a los habitantes de esta soledad. La poesía del lugar, con su espeso follaje, el velo de la niebla que se eleva desde el estanque y el silencio de los bosques amortizan quizás los ruidos del exterior; pero la agitación del mundo en fermentación no se detiene por ello y los acontecimientos son seguidos con un interés a menudo apasionado.

La Bretaña no era uniformemente el territorio de la resistencia monárquica. Sin duda, el Clos-Poulet⁴, el hogar de la Chouannerie⁵ está a las puertas de Saint-Malo, pero la ciudad, como la mayoría de los centros, es en conjunto, ardientemente republicana. Los armadores, gente realista, practican un prudente oportunismo. Juan y sobre todo Félicité de Lamennais observaban las transformaciones de su

⁴ Región de San Maló y alrededores. Allí, durante la revolución, fueron muy activas las revueltas contra ella.

⁵ La revuelta llevada adelante por los 'Chouans', insurgentes contrarios a la revolución.

patria. La situación de la Iglesia en Francia es ocasión de estudios retrospectivos y de sugerencias actuales.

He aquí que, en 1801, a la hora del apogeo del Imperio, ellos hacen aparecer sus *Reflexiones sobre el estado de la Iglesia en Francia durante el siglo XVIII y sobre la situación actual*.

Estos jóvenes no dudan de nada. La publicación, de carácter ultramontano brillante, pretende reducir la injerencia del Estado en los asuntos eclesiásticos, en el momento en que el dictador había concluido con dificultad, pero triunfalmente el Concordato. ¿Pensaron que ellos solos podían modificar las cosas? ¡Demasiada ingenuidad! Inmediatamente la policía confiscó el libro. Lamennais no está acostumbrado todavía a esto: se indigna y quiere ir a protestar ante el emperador. Con gran dificultad su hermano logra pararlo.

Primer fracaso. Este hombre sensible atraviesa entonces una crisis moral y experimenta un malestar indefinible. He aquí desanimado antes de comenzar a vivir. Renuncia a todo, aun a su trabajo y busca sumergirse en Dios. El padre Juan, que parece que tuvo siempre por su hermano tanto afecto como incomprensión, cree reconocer en él la vocación sacerdotal. ¡Irreparable contrasentido! Lo mantiene celosamente en esas piadosas disposiciones. Sin duda el drama de esta vida quebrada no se debe sólo a este error, pero iba a agregarle peso al escándalo y a la amargura de una aventura singularmente dolorosa.

Los años pasan. Pasa también el Imperio, ¡Con qué esperanza ansiosa Lamennais sigue los acontecimientos! ¡Muy pronto vienen los Cien Días!⁶ El tirano reaparece. No creyéndose seguro, Féli deja la Bretaña y su casa y se va a Inglaterra. ¿Más tarde recuerda esta estadía cuando escribe las bellas páginas sobre *El Exiliado*?

Para su desventura encuentra a otro excelente eclesiástico, el padre Carron⁷, que lo confirma en su *vocación* y se constituye en su director.

Después del retorno de Luis XVIII,⁸ es la consumación: Vuelto a París, Lamennais entra en San Sulpicio⁹ en noviembre de 1815. Poco después recibe el sub-diaconado, luego se le confiere el sacerdocio en Vannes en 1816.

¿Cómo un hombre que iba a dar pruebas de independencia y de obstinación extraordinarias, cedió a las presiones de su entorno? Podemos pensar que fue él mismo quien se ha equivocado sobre sí mismo, lo que excusaría a esos sacerdotes bien intencionados. Espíritu hambriento de absoluto, ¿ha creído que su sacrificio le daría la paz interior, que el salto hacia lo desconocido lo libraría de su angustia?

Apenas ordenado se arrepiente de su acto y se considera como *“una víctima atado al poste de los sacrificios”*. Los parientes y amigos presentes no pudieron no ver su palidez extrema y el sudor de su rostro. Él se juzgaba muy claramente: *“Soy y no puedo ser desde ya más que extremadamente infeliz”*.

Comprende ahora que su nuevo estado no corresponde en nada a sus aspiraciones y como jamás consentirá en aparentar, este hombre entero alcanza los límites de la desesperación. Como remedio se lo compromete a entrar con los jesuitas. Tiene el buen tino de no aceptar.

Obsesionado corre hacia su sola consolación que, siempre le fue amable, y parte para la soledad de la Chesnaie.

⁶ El periodo conocido como los Cien Días (en francés Cent-Jours), o Campaña de Waterloo, comprende desde el 20 de marzo de 1815, fecha del regreso de Napoleón a París desde su exilio en la isla de Elba, hasta el 28 de junio de 1815, fecha de la segunda restauración de Luis XVIII como rey de Francia.

⁷ Sacerdote que fue guía espiritual de Féli en ese tiempo.

⁸ Hermano de Luis XVI, el rey ajusticiado por la Revolución, y de Carlos X, su sucesor. Reinó después de Napoleón, en el período conocido como la Restauración. Trato de llevar adelante un gobierno moderado y conciliador, pero tuvo que ceder ante los tradicionalistas, que elevaron al trono a Carlos X en 1820.

⁹ Seminario de una Congregación fundada en 1641, dedicada especialmente a la formación de sacerdotes. En ese seminario de París estuvo también Juan María.

“¡Árboles del bosque, ustedes conocen mi alma!” iba a gritar unos treinta años más tarde, el gran lírico del siglo. ¿Félicité de Lamennais conoció en ese momento la paz de la comunión con las fuerzas de la vida? No parece. Su estadía fue breve. Cree que debe retornar a París y aturdirse en medio de amigos a los cuales trata de cambiar. Al agobio sigue una especie de furia. El sacerdocio lo horroriza, aunque su alma -sus superiores lo han atestiguado- permanece simple y dócil como la de un niño. ¿Lo salvará el trabajo sin duda? No, también lo aburre. “*La vida es un infierno*”, dice.

Alma de excesos en sus acciones precipitadas, alternativamente llama y rechaza el descanso, aspira a morir y luego busca la acción.

¡Todo o nada y todo inmediatamente!, parece ser su divisa. Pero, ¿qué es lo que quiere realmente?

Quizás nunca un creador o poeta ha sentido a tal punto la angustia de no saber cómo realizar y manejar la fuerza que quiere escapar de él. Noble corazón enamorado de bien y de absoluta pureza, aparece ya como el más romántico de los héroes. Se decía que era inestable, enfermo, inadaptado, hasta malvado y orgulloso. Era un ser sin vueltas, desinteresado totalmente. Amante y teniendo una inmensa necesidad de ser amado, estaba destinado a ser siempre muy infeliz.

Este gran ser irritable, sabía sin embargo que la paciencia es una virtud; “*Sin un poco de paciencia no podemos resolver la menor cuenta en la vida*”. Solamente que esta virtud se la dejó a los otros.

A todo ser le hace falta un objetivo. Lamennais va a seguir su *Ensayo sobre la indiferencia*, obra considerable que había comenzado en la angustia. Los cuatro volúmenes y la *Defensa* aparecen sucesivamente. Es, lo sabemos, la defensa del catolicismo, en un plan diferente a la apología de Chateaubriand. Este último había puesto en relieve el encanto de la religión y su poder sobre las almas. Lamennais quiere mostrar su influencia, no sobre el perfeccionamiento del individuo, sino sobre la sociedad entera. El éxito es considerable y provoca en algunos un entusiasmo que su autor no había previsto. El clero joven aplaude. Lacordaire, el padre Gerbet y Montalembert¹⁰ quieren pelear con él el buen combate y reclutar discípulos. El Papa lo llama “el último Padre de la Iglesia”, de Villèle, Chateaubriand, de Bonald quieren llevarlo al *Conservador*.¹¹

¿Va este triunfo a darle la paz y a reconciliarlo con la vida? No parece que él haya jamás tenido ambición personal, ya que sus aspiraciones se sitúan más alto. No estaba embriagado. Por otra parte, la admiración no podía ser general. Sainte-Beuve¹² gustaba sin reservas del estilo tan poderoso y contradictorio del *Ensayo*, pero criticaba el punto de vista filosófico.

Muy pronto comenzaron los ataques, porque Lamennais se comprometió aún más en la lucha: es traducido con correcciones su obra *sobre la Religión considerada con el orden político y civil*, donde rigidizando su postura, subordina el Estado a la Iglesia, dando a sus argumentos esa fuerza y esa fuerte ironía que algunos no le perdonarán jamás.

Como pierde su proceso, deja de ser monárquico; su pesimismo renace y se refuerza. Desilusionado pronuncia el juicio de esta sociedad: “*un infierno donde ni Satán puede restablecer el*

ESSAI
SUR L'INDIFFÉRENCE
EN MATIÈRE
DE RELIGION.

Impius, cum in profundum venerit... contemnit.
Prov. XVIII, 3.

TOME PREMIER.



PARIS,
TOURNACHON-MOLIN ET H. SEGUIN,
LIBRAIRES, RUE DE SAVOIE, N.º 6.
DE L'IMPRIMERIE DE LEBLANC.
1817.

Source gallica.bnf.fr / Bibliothèque nationale de France

¹⁰ Discípulos suyos y miembros de la Congregación de San Pedro. Lacordaire y Montalembert lo acompañarán a Roma para hablar con el Papa.

¹¹ El *Conservador* era un periódico francés que defendía las ideas del Ultra-realismo. Soñaban con volver al antiguo régimen.

¹² Crítico literario y escritor francés del momento.

orden". El terrible satírico ha nacido esperando que aparezca el profeta que anunciará el derrumbe del edificio. Al mismo tiempo y no sin razón, se sentirá un hombre perseguido.

Pero lo que era sufrimiento fue también aguijón. Ningún juicio, ninguna condena, ningún encarcelamiento, nada lo puede hacer plegar. Como lo dice él mismo, la caña no era su emblema, sino el roble que se quiebra y no se dobla. Si, parece que una misma savia circula en sus venas y en los altos árboles de La Chesnaie.

¡La Chesnaie! Es allí siempre que se lo encuentra. Transformado en jefe de escuela, se reinstala allí en 1824, definitivamente según él. Es la época en que se agrupan a su alrededor los primeros discípulos; con Gerbet, otros jóvenes sacerdotes, de Salmis, Rorhbacher, Edmond de Cazalis, los hermanos Boré, luego Lacordaire. Laicos también: Montalembert, el amigo de la primera hora, de la Provotaye, Hippolyte de la Morvonnais, Élie de Kertanguy, Maurice de Guérin, du Breuil de Mazan, por no citar más que algunos de ellos. Los laicos viven en La Chesnaie - ¡la casa debía estar repleta! - los sacerdotes se instalarán en Malestroit (Morbihan), donde formarán una especie de seminario de espíritu liberal y menesiano. Los nuevos miembros llegan allí en gran número. Pero la casa del maestro será el centro espiritual, de donde irradiará su pensamiento y su calor.

Visitantes ocasionales morarán cerca de él, tal el caso del abogado Berryer que lo defendió y tuvo siempre con él una relación muy cercana. Didier, el gran viajero, autor de *Roma Subterránea*, a quien permaneció muy fiel, Liszt que lo amaba y veneraba. Hubo también polacos emigrantes, ya que la morada era simplemente acogedora para quien tenía necesidad de protección y consejo; los jóvenes que buscaban una dirección eran todos admitidos y partían reconfortados.



Así la querida "soledad" se poblaba y animaba; se transformó en la cuna de una pequeña congregación que, en sus efímeros días, contó con numerosos hombres célebres o que iban a serlo. No era una Tebaida¹³, porque el reglamento no tenía nada de austero y cada uno tenía total libertad. Tampoco era Telema¹⁴, porque el buen placer aquí era la práctica del trabajo serio, bajo la amable dirección del maestro.

Fueron días hermosos donde la más grande intimidad reinaba entre todos, con relaciones de confianza y simplicidad. Lamennais, conversador incomparable, tenía a sus interlocutores bajo su encanto durante horas. Se ha dicho que era mal orador, que su oratoria era monótona y su voz vacilante. Estos defectos no molestan necesariamente en la conversación familiar. Este pequeño hombre de una nerviosidad febril, a menudo de humor difícil y caprichoso, pero con momentos de deliciosa ternura, tenía el don de despertar la simpatía y forzar la atención. Entretenía a sus huéspedes con mil temas diferentes, en los cuales mezclaba las bromas más mordaces, los más profundos pensamientos, asociaciones imprevistas y amplias inspiraciones poéticas. Su palabra tenía todos los registros como su estilo propio. Su voz era a veces grave, otras burlonas y algunas veces cortada por largas carcajadas. Le ocurría a veces que prolongaba sus interminables charlas hasta muy tarde, a veces hasta la mañana -ya que era insomne-.

Algunas veces los sentimientos de su alma de fuego se traducían en palabras tan osadas que asustaban a sus amigos. Durante un paseo con Berryer, éste lo interrumpió de golpe: "Usted va a ser un sectario". Lamennais protestó con firmeza, pero Berryer lo sintió impresionado por la predicción.

Él era, por otro lado, un hombre cercano a la naturaleza. Se ocupaba de su terreno, como un buen campesino. Se lo podía ver podando, con bastante torpeza, sus queridos árboles a los que amaba con locura, sin la sotana, vestido con su capa un poco quemada por las chispas del hogar, con un viejo sombrero de paja y siempre con sus grandes medias de lana -era friolento-. ¿Acaso no hizo plantar 5000

¹³ Tebaida es una región de Egipto, donde vivieron muchísimos ermitaños cristianos.

¹⁴ Telema es un lugar imaginario inventado por Rabelais, en donde una comunidad virtuosa sigue un precepto que dice: "Haz lo que quieras".

un año? Los amaba tanto que mucho más tarde, habiendo personalmente renunciado a todo, preguntaba, sin embargo: “¿Los árboles de La Chesnaie siguen siendo tan hermosos? Y sonreía con ese recuerdo de la felicidad de antaño.

Propietario tan caritativo como irascible, era venerado por los sirvientes y campesinos, a quienes ocupaba en incesantes trabajos y transformaciones de todo tipo. Sus recursos sin embargo eran muy magros, y por efecto de la falta total de sentido práctico, disminuían cada vez más. Esto no le impedía acudir en ayuda de los necesitados, porque, mucho antes de haberse casado públicamente con la causa de los desheredados, en secreto había socorrido la miseria de los hombres.

Grandes esperanzas de libertad y de amor soplaron sobre estos jóvenes cristianos cuando estalló la Revolución de 1830. ¿No iban a realizar grandes cosas siguiendo el surco de Lamennais? Creyeron que tenían la misión de darle al cristianismo la pureza que su alianza con la monarquía legítima había aparentemente manchado, y, por ello, de combatir primeramente esta frenética explosión de impiedad y de anticlericalismo que iba a marcar los años 1830 a 1832.

No reharemos la historia del periódico *L’Avenir*¹⁵ y su condena. Fue un sueño admirable que terminó mal.

Lamennais deja entonces su retiro bretón porque su deber es combatir por ese catolicismo liberal que espera instaurar con la ayuda de sus colaboradores, ya que es deber de los católicos reclamar la justicia social.

Después de la tormenta, cuando los tres ingenuos peregrinos, Lamennais, Lacordaire y Montalembert, que habían ido a Roma para hablar con el Papa, reciben la noticia de la condena y vuelven a Francia, ¿qué decide Lamennais sino correr hacia el refugio supremo, acompañado de Lacordaire? Pero allí sufrirá la crisis más dolorosa de su pobre alma.



Entonces, La Chesnaie se transforma en “una soledad”: Un cielo triste de septiembre, los amigos que se han ido, el silencio... Después, muy pronto, la persecución activa. Acusaciones sin medias tintas llegan de todos lados, algunas tan bajas como absurdas. Adivinamos la exasperación de Lamennais, que, según su modo, reacciona de manera excesiva. Sus ataques a Roma superan todo límite. Del amor decepcionado llega fácilmente al odio...

La *cloaca máxima* de Tarquino¹⁶ sería, según él, “demasiado estrecha para dejar pasar tanta inmundicia...”. ¡Sin duda no se la habían escatimado, al pobre Féli! ¡Pero no se contentó con expresar estas declaraciones a algunos amigos discretos!

Y he aquí que Lacordaire tiene miedo y huye de La Chesnaie. Lamennais lo trata de “*espíritu inestable... incapaz de asirse fuertemente a una idea*”.

Evidentemente no tenía tal “voluntad de poder”, para hacerse de una idea y proyectarla fuera hasta sus más fatales consecuencias.

¹⁵ *L’Avenir* fue un periódico fundado por Féli, con el fin de difundir los ideales del catolicismo liberal. Sus principales redactores eran Gerbet, Lacordaire y Montalembert. Comenzó el 16 de octubre de 1830 y duró hasta el 1832, cuando el papa condenó sus ideas.

¹⁶ Fue una canalización hecha en Roma por Tarquino, en tiempos antiguos, para drenar el agua y los desperdicios de la ciudad.

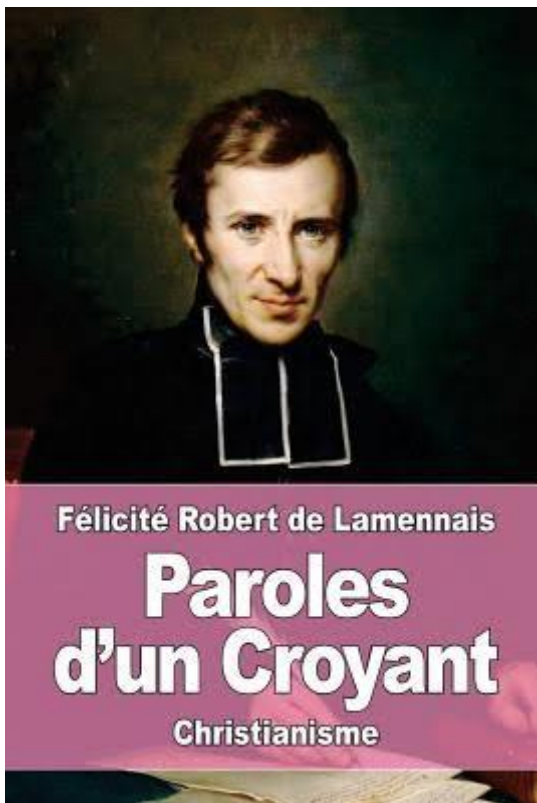
Lacordaire responde tratando de desligar a Montalembert, dudando del maestro que había admirado tanto. Podemos adivinar el golpe que habrá sido para él, cuando se entera de que su discípulo más querido anuncia su sumisión a Roma,

En ese momento, Lamennais deja de creer en la misión providencial de la Iglesia. Se lo acusa, con una lógica discutible, de dudar de todo orden sobrenatural. Sin duda él no se avergonzará jamás de sus argumentos teológicos, y lo que han querido llamar su “conversión de san Pablo al revés” no tuvo más que causas afectivas. Fue una crisis de la sensibilidad en un hombre que siempre se iba a posiciones extremas. El encarnizamiento de los “bien pensantes” lo afecta a tal punto que, sobrepasado, enfermo, sintiéndose abandonado, deja La Chesnaie, resuelto -dice él- a no volver nunca más allí.

En París se obstina y se endurece más en una oposición intransigente. Seguramente es y será toda su vida un perseguido, pero a veces, pierde toda objetividad: piensa erróneamente que han conspirado en Roma en su contra y acusa a preladados cuya conducta con él ha sido irreprochable. La moderación no se adquiere. Ella por otra parte no era para nada compatible con su genio altanero, ni con su estilo fulminante.

En abril de 1834, revirtiendo su decisión, Lamennais retoma bruscamente el camino de La Chesnaie.

Es allí que, caminando a través del bosque, a lo largo de los setos de su morada y sobre su terraza, “en el debilitamiento poético de su ser”, ha dicho tan bien Renan, es allí que Félicité de Lamennais escribe esas páginas ardientes, cuyo título, *Palabras de un creyente*, tiene el absoluto de una afirmación y que “prende el fuego en toda Francia”.



“Apocalipsis sublime. Sábado de cólera”, según Renán, “apocalipsis del demonio”, según los jefes de la catolicidad, este libro único es uno de los más extrañamente hermosos de nuestra lengua y quizás de toda la literatura. Ninguno de sus escritos refleja mejor el talento de Lamennais, hecho de riquezas mezcladas y de fuerza volcánica. Violencia verbal de los profetas, elevación de los salmos, dantesca imaginación, letanías de angustia y de sufrimiento, suavidad mística y ternura infinita. Su genio, ha podido decir de Vitrolles, “es hijo de la tempestad”, pero también del amor. Porque va de la lengua torturada del blasfemo a la calma apasible de las músicas eternas...

Cuando el libro apareció, fue como un desmembramiento de la tierra y del cielo. El entusiasmo fue inmenso. El escándalo también. Las reacciones hostiles, especialmente aquellas del mundo tradicional y del clero, ocasionaron a Lamennais dolores suplementarios. La intervención más desoladora fue evidentemente la que lo separó de su hermano para siempre. Un obispo, asustado, creyó su deber obligar al padre Juan a declararse no sólo ajeno a las *Palabras de un creyente* -lo que era evidente- sino, además, a repudiar públicamente al autor. El

pobre hombre firmó todo lo que se quiso, y cuando vio su declaración dada a la prensa, se limitó con gemir... ¡Pero grande fue la indignación de Féli!

Desde ahora la ruptura de Lamennais y de la Iglesia es total, definitiva. Y sin embargo, puede decirse que está calmo y sin remordimientos. No tiene nada que temer del “examen de medianoche”. ¡En conciencia, sus intenciones han sido puras!...

Encerrado desde ahora en su propiedad bretona, rechaza despiadadamente recibir a todos aquellos que vienen a asediarlo, esperando su retractación. ¡Realmente no lo conocen! Para defenderse de estos asaltos, prohíbe la entrada especialmente a los obispos y a los sacerdotes que pretenden ayudarlo y esclarecerlo, pero que de hecho están obsesionados por su conversión.

Un solo amigo, Monseñor Bruté, que él conoció tiempo atrás en Londrés, fue recibido muy afectuosamente; pero cuando aborda el tema quemante de su divergencia doctrinal, Lamennais rechaza terminantemente toda discusión, y se da entonces, la pelea definitiva...

Otra ruptura, la más íntima y la más trágica sin duda de su vida, se va a cumplir... En 1836 Lamennais decide bruscamente abandonar el último refugio de su alma.

Va a dejar La Chesnaie para ir a París. ¿Por qué esta decisión? Quizás porque su residencia solitaria, después del escándalo resonante del que había sido objeto, lo marcaba mejor como un blanco de maldición. Se sentía espiado, perseguido... quería cortar del todo con las reprimendas de sus compatriotas... ¿Acaso algunos de ellos no lo querían en las llamas del infierno, mientras que otros se persignaban delante de su casa como si estuvieran delante de la guarida de satanás? Se interceptaban sus cartas, era sospechoso de todo... la situación no era más sostenible.

Fija en mayo su partida, en el momento precisamente en que la campiña bretona, testigo de su infancia aun preservada, es como un gran bouquet perfumado, donde todo vibra hasta la mar del alaluya de las *resurrecciones*. Antes, prepara la venta de los libros de su biblioteca. Pero como la propiedad ha permanecido indivisa entre su hermano y él, el padre Juan pide guardar para sí algunos volúmenes a los que quiere. Féli se oculta eludiendo así todo conflicto. No se iban a ver más. Y el maestro de La Chesnaie, no iba a volver más a esa propiedad tan querida.

¡Ya podía alejarse! ¡En el fondo de su alma, llevaba consigo un poco de estos lugares románticos donde había gustado en otro tiempo la fe, el gozo del trabajo, formado almas y fortificado esperanzas!

En París, al que odiaba pero que ya no dejará más, desposa la pobreza, viviendo en diversos y mediocres alojamientos, más solitario que nunca. Ya no existe para él nada más que la causa a la que se ha consagrado. Le parece simple vivir, cada vez más despojado, a la manera de los pobres a quienes quería defender hasta su último suspiro, a pesar de toda persecución.

Prisionero en Santa Pelagia¹⁷, parece tan libre de espíritu como en su habitación de La Chesnaie. Encontraba manera de reconfortar a los otros detenidos y el tiempo para escribir páginas admirables (*La joven y el mundo invisible, El exiliado, El pecador, La campana de los muertos*) donde vibraba una sensibilidad que no supo jamás esconder, donde se encontraba en fin el corazón liberado del poeta.

Delante de su amigo Paul-Émile Forgues,¹⁸ que lo visitaba en su prisión, recordaba un día la dulzura de sus bosques y de su casa. Entre los muros que lo ahogaban, evocaba esa naturaleza amada como una madre. Fue entonces que escribió páginas inolvidables: *“¡Oh!, ¡Quién me devolverá mi valle natal, mis rocas y mis grandes pinos...!”*

Pero si bien a menudo su imaginación vagaba bajo los hermosos árboles que formaban parte antiguamente de su vida interior, si bien luchaba a veces con la tentación de volver a ver esos lugares, cuyo recuerdo le era sagrado, no cedió jamás. Pudo escribir, hablando de La Chesnaie: *“Yo la dejo, bien resuelto a no verla nunca más. En ningún lugar del mundo me sería más penoso vivir como aquí. No extraño más que una cosa: la fosa que me había elegido”*.



¹⁷ Cárcel de París donde estuvo preso durante un año.

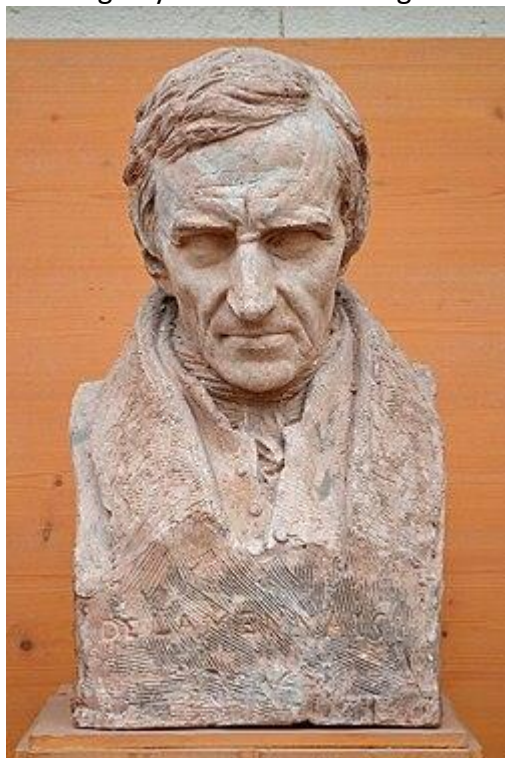
¹⁸ Periodista, crítico literario y escritor francés. Fue el encargado de ejecutar el testamento de Féli, quien también le encargará publicar sus obras póstumas.

Había soñado tiempo atrás con dormir su último sueño allí. Muchas veces había expresado este deseo: *“No olviden el pequeño lugar que les he mostrado para mi sepultura, al pie de una roca, bajo el roble que le da sombra”*, había escrito a uno de sus amigos.

Finalmente quiso renunciar también a eso, y eligió la fosa común.

¿Quería identificarse así con los más miserables, más allá de la muerte y proclamar, como réplica a la tumba de su compatriota Chateaubriand sobre el islote del Grand-Bé,¹⁹ la derrota del individualismo?

El entierro de Félicité de Lamennais, tan a menudo descrito, permanece como una alucinante imagen y como el último signo de su extraño destino terreno.



En las primeras horas de una mañana brumosa de marzo, exactamente el día de las Cenizas (1^{er} de marzo de 1854), se vio formar un cortejo, que se hubiera dicho clandestino, como el de un condenado, acompañado por algunos pocos seguidores que la policía había filtrado cuidadosamente, mientras se buscaba intimidar a la multitud que se apretujaba a las puertas del Père-Lachaise.²⁰ ¿El gobierno del golpe de estado tenía miedo de este muerto o temía una manifestación libertaria contra la autoridad imperial?

La revuelta explotó en el momento de la llegada del cortejo y dos escuadrones a caballo tuvieron que cargar sable en mano. El músico Lalo fue duramente golpeado; el abogado Vauzy resultó con las muñecas quebradas a golpe de bastones. Un sacerdote fue arrastrado del cortejo por un “oficial de paz”. Se escuchaban gritos de: *“¡Abajo los ladrones de cadáveres!”* ...

Mientras descendían a la fosa común el féretro de Lamennais, no se pronunció ninguna oración. Y sobre este cristiano puro que, según su propia expresión, había “sembrado el amor en todos los caminos”, y llorado por la miseria de los hombres, no se levantó el signo de la Redención.

“El sepulturero – ha contado el padre Duine- plantó sobre la tumba un grosero palo donde estaba clavado un papel con el nombre de Lamennais...”

Así se fue de este mundo una de las almas más ardientes y generosas de su siglo, ¡el precursor y anunciador de nuestras ideas sociales modernas!

Se cuenta que, en el mes de junio siguiente, un vehículo se detuvo a la entrada de La Chesnaie. Un viejo sacerdote curvado, descendió y se dirigió hacia la pequeña capilla. Allí se arrodilló y oró largo rato.

Cuando se iba, se volvió, miró el bosque inclinado sobre el estanque silencioso, el follaje majestuoso meciéndose suavemente bajo el calor del solsticio y levantó los brazos, gritando con una voz llena de lágrimas: *¡Féli! ¡Féli! ¿dónde estás?*

¿En su afecto herido, el pobre padre Juan María de Lamennais, había instintivamente comprendido que el alma de su hermano erraba ahora en La Chesnaie?

¹⁹ Isla de la costa de San Maló donde fue enterrado Chateaubriand.

²⁰ Es el cementerio más grande y célebre dentro de París. A principios del siglo XIX se decidió construir cuatro cementerios en París, para reemplazar los que había dispersos en la ciudad. Père-Lachaise se inaugura el 21 de mayo de 1804 con la sepultura de una niña de cinco años. Personajes importantes descansan allí, como Chopin, Rossini, Molière, Balzac, Oscar Wilde, Jin Morrison, Edith Piaf, María Callas, Yves Montand, etc.

¡No importa que su cuerpo no repose a la sombra del gran haya, cerca del roble del estanque que él mismo había plantado! Aunque no ha tenido allí ni la tumba, ni el banco de césped con que había soñado tiempo atrás, sabemos que fue allí que dejó su corazón.

Y es para perpetuar la certeza de este recuerdo que los seguidores del “creyente” han hecho colocar un medallón conmemorativo sobre la roca que había elegido y que domina las aguas dormidas.

En nuestra tierra de Bretaña, donde se cree en los fantasmas, ¿cómo no imaginar el retorno de Féli a esta soledad silvestre, todavía impregnada de su presencia, a la que sólo turba el grito del grajo en las ramas altas o el martilleo sonoro del pájaro carpintero?

En julio de 1848, a la misma hora en que Francisco de Chateaubriand, sólidamente amarrado a su ataúd, fue transportado por la ruta hacia su sepultura marina, Lamennais, obligado por las leyes nuevas a depositar una fianza de 24.000 francos para tener la autorización de editar su periódico, publicó el último número del *Pueblo constituyente*, enmarcado en negro, ya que se lo obligaba a callar, queriendo que su obra terminase en un gran grito de pueblo herido:

“Hoy se necesita oro, mucho oro, para gozar del derecho de hablar. No somos suficientemente ricos. ¡Silencio a los pobres!”

Hoy, cien años después de la partida de aquél a quien estigmatizaban como un revoltoso, he aquí que aparece esta “flor del abismo” del que hablaba Leon Bloy.²¹

¡Cuántos acontecimientos apocalípticos ha debido atravesar esta “voz de pobre”, salida de la Chesnaie, para llegar a nosotros! Pero ¿no les parece que ella resuena, con una verdad singular, sobre nuestro mundo en peligro de muerte?



²¹ Leon Bloy fue un escritor francés defensor de la Iglesia.